

bronce para llenar aquel vacío y echó bandejas al fuego y sus cubiertos y sus joyas y todo el metal que cayó al alcance de su mano ; y oro, diamantes y pedazos de su alma hubiera echado para ver su concepción hecha obra, su hijo hermoso parido de un solo trazo.

Nació el portento y el padre arrodillóse llorando y dió las gracias al cielo. Allá bajo los pórticos está intacto, y allí á media luz lo veíamos y creíamos verle palpitante todavía, recién salido del fuego y como nacido del sol. La cabeza de Medusa, aquella testa que tanto dió que temer á Cosme de Médicis, destacábase como una mancha de tinta ; su cuerpo caía rollado sobre el pedestal de mármol, pendiente un brazo hacia el suelo y brotando sangre del cuello ; la figura de Perseo, vista en negra silueta sobre un foco, parecía vivir la vida de otras edades, la vida muerta de una Florencia grandiosa.

Con la idea puesta en Cellini, seguimos la ciudad otra vez, y por doquiera creíamos encontrar al artista pendenciero, embozado en su capa ó luchando con su espada ; en las tiendas de plateros, cerradas ya, buscábamos su primer taller, el nido aquel del que volaron las joyas primorosas, salidas de aquellas manos de oro, hasta posarse en los museos ; en los estrechos callejones, creíamos verle pasar del brazo de Miguel Angel y en cada esquina misteriosa esperábamos ver su sombra... Y ante aquella Florencia nocturna, libre de transeúntes y de ingleses viajeros, gozamos el encanto de creernos solos en ella, de ser dueños de sus calles é imaginarnos en ellas las figuras de retablo que cuadraban á sus

pórticos, á sus altísimas casas y á sus palacios grandiosos.

Muy tarde sería ya, cuando buscamos el camino de la fonda. Yendo á su encuentro, entrevimos aún destellos de cosas grandes, asomos de bellezas que admirar y esperanzas para un mañana. Poco dormimos, aquella primera noche. Florencia nos robaba el sueño y esperábamos la luz, la luz del sol, que nos hiciera ver claro todo aquello que entre sombras nos pareció tan hermoso.

 IX

Florencia á plena luz

Aunque no le vimos salir, salió de lleno aquel sol que deseábamos. Por detrás de las cortinas, sin llamarle con timbre eléctrico, como se estila á llamar en toda fonda bien organizada, entróse por nuestro cuarto y paseóse por él, con esa calma dorada que emplea en las grandes circunstancias. A su vista abrimos las puertas de par en par, apartamos enteramente las cortinas para hacerle los honores de la fonda, y vimos allá, en el fondo, ese cielo de Italia tan famoso, tan azul y tan cantado por poetas de todas categorías.

No había aquel día ni una nube en el firmamento, ni una de esas blancas nubecillas que parecen puestas por adorno é inocente entretenimiento de pintores ; no corría el aire más que por puro pasatiempo y cosquilleo de los árboles, que empezaban á consul-

tar sus adentros para echar flores, creyéndose en primavera, y era tal el bienestar que el tiempo nos prometía, y tanto lo que Florencia consentía mostrar á nuestros ávidos ojos, que salimos de la cama muy temprano, despreciando la vista de los frescos del plafón y las delicias del hogar que teníamos por seis reales diarios.

Alegres, pues, nos lanzamos á la calle. Ya en ella consultamos el viento que reinaba, á fin de que nos soplara en popa, pero como no se movía una veleta, marchamos de frente, decididos y cuasi á paso redoblado. A poco de andar, llegamos á la plaza que habíamos visto el día anterior en la penumbra, el claustro aquel misterioso que nos hizo soñar despiertos, y que tan sepulcral se presentaba á nuestros ojos. ¡ Qué diferencia, Dios mío ! ¡ Qué engaños tan hermosos tiene la luz, y que bueno es ser engañado por ella ! Bello era el claustro, pero blanco, luminoso, claro como un patio de Oriente, sin tumbas siquiera y frescos los frescos de rubia y clarísima frescura. Allí, como en otras partes, comprendimos cuan fácil es equivocarse, y cómo los ojos nos mienten cuando se mete la imaginación de por medio, y en cuantas fases y aspectos han de mirarse las cosas para de ellas formarse una idea aproximada. Las calles, tan angostas y tan mezquinas ayer, parecíanos más anchas, como si la claridad las hubiera ensanchado por milagro ; el palacio aquel, entrevisto, aún más lugubre nos pareció, y más bello todavía el medallón á lo Lucas della Robbia ; la catedral, un castillo de fichas blancas y negras, como antes, pero de un juego de dominó espléndido, á lo Gargantúa ; y el río ¡ pobre río ! Aquel Arno, al parecer tan pro-

fundo, resultónos el río más bonachón y falto de malicia, con sus márgenes como tantos otros ríos que se pasean por la tierra, con sus transparencias, con sus arenas, sus junquitos y hasta con algunas barcas tratando de navegar y distrayendo la línea, para encanto de los que aman los paisajes inocentes.

Siguiendo el Arno bordado, á su derecha hoteles llenos de ingleses ¡ ay ! hasta el terrado (yo creo que esa gente siempre está fuera, y que Inglaterra es un país despoblado), llegamos á un parque delicioso, anclado al lado del río. Allí, por primera vez, nos creímos en la Italia del buen clima. ¡ Qué sol, y qué calma, y qué perfume de pradera !

¡ Qué paisaje de invierno más de verano, y qué delicia de sombra para entregarse á la holganza algunos meses y no continuar estas líneas ! Un bosque imitando selva, alamedas á lo largo y á lo ancho, de frente y de perfil, árboles de esos faltos de salud que necesitan de países bonachones como éste, para no morir de tisis ; lisos parterres como fondos á lo Sandro Botticelli, y flores de todas clases, blancas, azules, violetas y amarillas, tiradas allí con derroche de colores, y todo ello para encanto de los pájaros, ya que en aquella hora temprana nos hallamos solos con ellos, cual dos Adanes perdidos en aquel parque venturoso como urbano Paraíso.

Allí cerca, almorzamos en un pequeño restaurant y vino un amigo á buscarnos, para servirnos de guía por ese laberinto de bellezas. Era el amigo un pintor italiano, de esos que han aprendido en París á conocer y querer lo que tienen en su casa ; amante de los primitivos, creyendo en una decadencia y esperando

una reforma ; enemigo de todo arte de comercio y de la pintura episódica, fervoroso partidario del misticismo moderno y muy conocedor de los tesoros de Florencia. « Aquí encontraréis, — nos dijo sorbiendo el café poco á poco, — la fuente de ese arte que hoy se busca, de ese arte sentido y realmente sincero, virgen de amaneramientos y de sofismas vulgares, de ese arte que, basándose en la Naturaleza, la presenta en sus horas misteriosas y le da el velo del sentimiento, el carácter escogido y la íntima expresión de la verdad destilada, sin caer en el sobado realismo. Veréis, — dijo continuando su discurso, — como nace la pintura y que bien crece; la iréis siguiendo en su camino, firme y sereno, como ese cielo que véis, hasta perderse el día, que quiere ponerse al alcance de todas las inteligencias, ya que debéis tener bien entendido (y sino mucho peor para vosotros) que el hombre es hecho de tal manera, que confiesa francamente no conocer en leyes ni en medicina, si no es médico ó abogado, pero cree tener el don de conocer en pintura por obra de intuición inconsciente; es de manera que, cuando no entiende un arte, que habla un idioma extraño, dice que es incomprendible por no llamarse él ignorante, y trata de nivelarlo y de bajarlo á nivel comprensible á todo el mundo, para que el vulgo lo entienda, logrando quitarle el perfume, ese aroma que sólo tienen los primitivos, porque pintaron sus obras teniendo la soledad por consejera. Aquí, en Italia, se ha aceptado ahora el viejo naturalismo. « — Pues en España aún lo estamos discutiendo... (contestamos.) — » Aquí... pero basta de retóricas y sigamos nuestro camino... » Díjose él, que nosotros

no hacíamos más que seguirle y, siguiéndole, pronto llegamos á Santa María Novella. Es una iglesia grande, bien proporcionada y esbelta ; pero debido á su blancura, le falta ese misterio gris, esa pátina del ambiente, ese encanto de la sombra que tienen las catedrales de España. Hácenla no obstante reliquiario los frescos que se ven en sus paredes, los cuadros de sus altares y los plafones extraordinarios que cobija. Al entrar, admiramos ya un Cristo de Giotto, un Cristo negro en fondo de oro gastado, caído de líneas y plegado místicamente, huesoso y concentrada la expresión en las líneas de un rostro demacrado; vemos más lejos la virgen atribuida á Cimabue, de la que la tradición explica que fué llevada en triunfo desde el taller del artista hasta la iglesia; virgen nacida de la pintura románica, con su cabeza inclinada como si el cuello no pudiera sostenerla, sus pies vistos de frente á modo de estatua funeraria, sus manos largas de una distinción de código, y sentada con rectos pliegues en su trono, con dos ángeles como contándole palabras cariñosas al oído ; más allá, vimos los frescos del místico imponderable, del gran Filippo Lippi ; en el altar mayor la obra más grande que ha dejado Ghirlandajo ; centenares de figuras impresas, impresas como arte de documento, retratos de personajes de su época, figurando en la historia de San Juan y la Virgen, desnudos pintados ya en pleno rigor del Renacimiento, y, por fin, en otra capilla, Orcagna otra vez con su poema á lo Dante, suplicios de una imaginación buscando los suplicios del infierno, almas sufriendo toda suerte de torturas, dolores numerados en secciones, refinamientos de dolor, inven-

ciones de tormentos y crueldades colocadas frente á frente de la gloria, que es dorado Paraíso, con toda la fantasía de la más grande apoteosis.

Para comienzo de visitas no era mala aglomeración la que entraba en nuestra pobre cabeza. Había para perder el juicio, y era el goce de un tormento que el mismo Orcagna no previó. Tanto cuadro, tanta obra maestra, comida por los ojos en tan poco espacio de tiempo, nos daban una indigestión en el cráneo, un cúmulo de sensaciones atropellándose y empujándose para entrar en el cerebro, buscando silla en sus cajones y no cabiendo en el aula. Antes que estalláramos, salimos y atravesamos el claustro verde, llamado así á causa de los frescos de este tono que lo cubren. Son obra de Pablo Ucello y de una originalidad rarísima, pues ver pintados todos los muros de un claustro con sólo este color en claro obscuro, y ver cien escenas trazadas por mano que conoció á fondo el arte de dibujar, y no caer en lo monótono y armonizar todo esto con el aire del edificio, podrá parecer capricho, pero es capricho de maestro que no se ve muy á menudo. Y tras haber visto la capilla de los españoles, así llamada á causa de tener allí su cofradía nuestros antecesores que residieron en Florencia y de hacernos el honor de decorarla con obras consideradas las mejores entre la escuela del Giotto, salimos, y tras mucho andar, acompañónos nuestro amigo á la capilla del Carmine.

« Aquí, nos dijo, ante esta vida de San Pedro, pintada por Filippino y Masaccio, venían á estudiar Perugino, Leonardo, Rafael y Miguel Angel. » — Contento podía estar el maestro de tener discípulos

tan estudiosos y aplicados — contestamos — y á fe que es tanto lo que aquí hay que aprender, que estamos tentados á dejar estos estudios para otros tiempos peores y volvernos á dormir en aquel Parque dichoso, viendo llegar la primavera de Italia. ¡ Eso es dibujo del que llaman decadente ! Eso es buscar el sentimiento que conduce á la expresión, sin subirse por las ramas, y eso es antiacadémico ¡ voto á tal ! y sentido con el alma pendiente de los pinceles. No hay ni un solo pliegue que no diga lo que debe de decir, ni una mano que no hable, ni una cara que no tenga el dibujo que no se aprende en la escuela, ese dibujo que vuela sin reglas, incorrecto de materia y correctísimo de espíritu..... pero vámonos con el estudio á otra parte, que mucho nos falta ver y el tiempo es oro, como dicen esos hombres que por ahí andan con su guía.

Fuímonos, y por el camino, á cada paso, se detenía nuestro amigo. « — Esta es la casa en donde vivió Miguel Angel. Aquí nació y murió el Dante. Esta tienda era el taller de Donatello. En este piso expiró Savonarola ; aquí trabajada Leonardo, allí Bellini ; más allá el Giotto ; Maquiavelo, Orcagna, Galileo, Luca, y otros, tan célebres como ellos, paseábanse por esta plaza tapizada de recuerdos. Aquí, en este edificio que véis, vivían los pintores que no tenían trabajo, y á quienes los Médicis les daban cinco liras cada día, regalo que, si hoy vivieran esos príncipes y quisieran continuarlo, no bastaran las liras de los desvanes del Olimpo, ni habría cuarteles capaces en el planeta que habitamos, para albergar tanto pintor que vive del aire del cielo. Esta iglesia cerrada guarda las cenizas de Rossini ; esta de más

allá las de Tasso, todas estas otras, que pasamos, guardan alguna obra maestra que más tarde podréis ver, y esa, en la que vamos á entrar, los sepulcros de los Médicis. »

Entramos, y la primera impresión fué deslumbrante. Una capilla alta y vacía, ocupada solamente por las tumbas, y toda ella, desde la cúpula al suelo, formada de los mármoles más raros. Allí jaspe verde de Sicilia, jaspe de Praga, jaspe violado de Flandes y de Chipre y del demonio ; mármol coralina de España, blanco Carrara, granito de Elba y pórvido y lápiz-lázuli y qué sé yo cuanta riqueza acumulada, recordáronme á pesar de ella, una exposición cùrsi de pedacitos de mármol, que recuerdo haber visto en Barcelona, y una anécdota de un dibujo de Forain al mismo tiempo, que decía : ¿ Qué piedra es esa de buen gusto que lleváis en la corbata, caballero ? — Es lápiz-lázuli, señora. — Hermosa es, contestaba, mientras que añadía un viejo con la mayor pretensión : — De esa misma tengo una chimenea en casa. — Con perdón del arquitecto, hay allí demasiadas chimeneas ; la vista, herida por aquellos colores deslumbrantes, no repara en el dibujo, el pobre arte se ve anulado por la estúpida riqueza, y uno se marcha cansado por aquella gritería de colores, cual orquesta inmensa y desafinada.

En cambio, en la capilla del lado, es el arte el que triunfa, y se encarga de su bandera nada menos que el inmortal Miguel Angel. Con decir que es aquella la capilla de los Médicis y que las estatuas son las de Julio y Lorenzo y que las figuras reclinadas sobre las losas sepulcrales son los símbolos del día y de la noche, famosos en todo el

mundo del arte, y que allí está su virgen y sus clásicos candelabros, habré dicho lo bastante ; pero á pesar de lo coloso que, de antemano, uno se imagina Miguel Angel, hay que ver las estatuas en su sitio para comprender su grandeza, hay que ver como parecen talladas allí mismo, cual si la gran capilla fuera un bloque y á martillazos de genio brotaran las figuras y las tumbas como de una sola pieza ; hay que ver en el día y en la noche la ciencia de los músculos y la invención de ellos, cuando no le basta la ciencia al gran poeta y el cariñoso modelado con que el alma del artista fué siguiendo los pliegues de sus figuras, y hay que ver el misterio, el gran misterio que inspiran las curvas de las espaldas, las manos encogidas y, sobre todo, las cabezas de los hombres, que dejó expresamente abocetadas, comprendiendo que lo perdido en precisión lo ganaba de sobra en expresión indecisa, en vaguedad soñadora y en dudosa adivinación del sentimiento.

Con sentimiento verdadero dejamos aquellas obras, pero á poco otras, si no tan grandes, más simpáticas, á nuestro modo de ver, nos esperaban en el *Museo Nazionale*. Referímonos al padre de la moderna escultura, á Donatello. Para verlo, subimos la escalera majestuosa del antiguo palacio del Pretorio, viendo, de paso, una muestra de hierro divinamente forjado, centenares de escudos como incrustados en el muro, armas y objetos suntuarios á granel, y allí, en el primer piso, rodeado de los bustos de Maiano, Andrea della Robia y Rosellino, de los relieves de Bolognia, Guiberti y Brunellesqui, del hermoso medallón de Mina da Fisiolo y de cente-

nares de otras obras del renacimiento italiano ; una sala dedicada á la obra del incomparable artista. Lo mejor salido de sus prodigiosas manos está allí. Allí, su David de bronce espada en mano, fino como una joya cincelada ; San Juan Bautista de mármol, ascético como un penitente de retablo, flaco y nervioso, naturaleza modelada sobre huesos con carne histórica y músculos hollados por sufrimientos del alma ; el busto de Urzano, tierra cocida con colores, cabeza con verdad sintetizada ; San Juan joven, relieve reproducido en todas partes, misterioso encanto de la infancia que adivina los dolores de la vida, cabeza, al parecer modelada con los párpados ó con el borde de los labios, con su boca visionaria, sus ojos mate, sus cabellos flotando como niebla, sus espaldas sin carne y la cruz al fondo como promesa de martirios previstos á lo lejos de lo lejos ; allí sus ángeles sonriendo con la sonrisa de la tierra, dulcificada con la mirada del cielo, su bajo-relieve de la virgen envuelta entre tules vaporosos cayendo rectos como lluvia de acendrado misticismo y rodeada de ángeles, de ángeles como sombras indicadas en el fondo, en siluetas esbozadas en primera creación del pensamiento ; su busto de niño, por fin, perfil de gloria detenido en la tierra por milagro, y otros bustos aún y estatuas y relieves prodigiosos, llevando todos el cuerpo como estorbó de sus almas, prestas á volar allá en lo alto ; realistas del sentimiento, y decadentes, si es decadencia refinar la expresión y llevarla á los confines donde el hombre empieza á soñar, cansado de las tristes realidades de la tierra.

Cansados salimos de la excursión de todo el día,

que nada cansa tanto el pensamiento como levantar la frente y mirar lo que está sobre las nubes, y, por fin, para acabar la jornada, fuémos á ver de paso la galería moderna de pintores italianos.

Allí recibimos impresión idéntica que la sufrida al visitar por vez primera los cuadros modernos del Prado.

Qué tristeza, qué farsa y qué falta de sinceridad. ¡ Dios mío ! Lo que no puede condensarse en sentimiento, se emplea en ensanchar el tamaño de las telas ; lo que no puede ganarse en opaca ó brillante armonía de colores, se busca en colores deslumbrantes ; se tira por ancho no pudiendo tirar por profundo, y se llenan telas á gritos, con horrores de melodrama, con escenas hechas con lágrimas y con trajes de alquiler, y con paisajes bonitos se engaña al gran rebaño del público. Por fortuna, por milagrosa fortuna, no fué aquella la postrera impresión de aquella tarde. Allí mismo, en un salón majestuoso como el sagrario de un templo, rodeada de las flores del Angélico, de Lippi y de Brunellesqui, estaba la hermosa, la infinita, la sublime primavera del simbolista Boticelli ! Esta fué la última nota, la nota de caída de la tarde, el rocío de aquel día. Llena de lluvia de flores, de flores volando como manadas de mariposas celestes, de mujeres entre velos y entre aromas, deslizándose inclinadas sonriendo á la Naturaleza y recibiendo su sonrisa, de naranjos ilenos de frutos de oro, ella fué la primavera de Italia, la primavera ansiada, el beso de la luz del sol, de aquel espléndido sol que entró por la mañana en el cuarto de nuestra mezquina fonda.